

**La primera piedra:  
Aproximaciones a “Los herejes”, de Arturo Uslar Pietri  
y “Los come-muerto”, de José Rafael Pocaterra**

**The First Stone:  
Approaches to “The Heretics”, by Arturo Uslar Pietri  
and “The Deadeaters”, by José Rafael Pocaterra**

**Alberto Quero**  
albertoquero@yahoo.com

---

**RESUMEN:** “Los herejes”, de Arturo Uslar Pietri y “Los come-muerto” de José Rafael Pocaterra son dos muestras interesantes de la cuentística venezolana. En estos dos textos sus respectivos autores exploran el tema de los prejuicios sociales, y ambos coinciden en colocarlos como consecuencia de la ignorancia de los agresores.

La metodología es la lectura y el análisis del texto. La conclusión es la siguiente: tanto Uslar como Pocaterra comprendieron las nefastas consecuencias de los prejuicios sociales. Ambos buscaron alertar sobre esas situaciones. Uslar lo hace mostrando los efectos trágicos que pueden acarrear los prejuicios sociales. Pocaterra, al resaltar el significado de la compasión, invita al lector a reflexionar y a recapacitar.

**PALABRAS CLAVE:** otredad, respeto, tolerancia, prejuicio

**ABSTRACT:** Arturo Uslar Pietri’s “The heretics” and José Rafael Pocaterra’s “The corpse-eaters” are two interesting Venezuelan short stories. In these two texts, their respective authors explore the issue of social prejudices, and they both agree that those prejudices are the consequence of the ignorance of the aggressors.

And the conclusion is this: both Uslar and Pocaterra understood the terrible consequences of social prejudices. Both Uslar and Pocaterra, in their own way, try to alert about those situations. Uslar does it by showing the tragic effects that social prejudices may carry. Pocaterra, by highlighting the meaning of compassion, invites the reader to reflect and change.

**KEY WORDS:** otherness, respect, tolerance, prejudice

*“Como ellos le seguían preguntando, Él les dijo: ‘El que esté libre de pecado, que lance la primera piedra’”*

Juan 8:7

## Introducción:

En el ámbito de las relaciones humanas, la palabra “tolerancia” pierde su significado habitual. No se trata aquí de soportar pasivamente una situación desagradable, a la cual no se halla solución. Aquí nos referimos al respeto que tiene que reinar entre todos los hombres, aún a pesar de tener diferencias étnicas o de pensamiento. Esta realidad, tan fácilmente olvidada, es tratada por dos grandes narradores venezolanos, Arturo Uslar Pietri y José Rafael Pocaterra. Cada uno de ellos denunció los terribles efectos que se siguen de los prejuicios sociales.

En su cuento “Los herejes”, Uslar muestra los efectos trágicos que pueden acarrear los prejuicios sociales. En su cuento “Los come-muertos” Pocaterra, resalta el significado de la compasión, y con ello invita al lector a reflexionar y a recapacitar. Entre ambos textos existen elementos de convergencia y, si bien difieren en el enfoque final, ambos se refieren a los mismos temas y señalan como perniciosos a los prejuicios sociales. Pasemos ahora a estudiar los rasgos más resaltantes de estos dos cuentos.

### 1. Los otros:

La primera categoría que establece el prejuicio es, obviamente, el del enemigo, el del diferente, el que tiene que ser excluido y, si es necesario, reducido. Respecto a la forma de construir el concepto de otro, Montero explica que hay tres tipos de ser otro; uno de esos tipos corresponde al de los textos que nos ocupan:

Lo negativo, la cara del uno, lo negativo, la sombra. Otro que se construye por la negatividad, asiento de todo lo negado en el uno, de todo lo expulsado del uno, de todo lo temido por el uno <sup>1</sup>.

Tanto el texto de Uslar como el de Pocaterra coinciden en varios elementos que contribuyen a identificar a cierta gente como distinta a lo que constituye el hábito en Venezuela. Ambos cuentos ubican personas que son extranjeras, feas, viven aislados del resto de la comunidad y, o bien tienen otra religión o no dan las muestras tradicionales de respeto que exige la creencia dominante. Examinemos detenidamente los rasgos de los otros.

En primer lugar dijimos que, desde el punto de vista civil, los otros son foráneos. En el cuento de Uslar, se les cataloga simplemente de “musiúes” <sup>2</sup>, palabra popular venezolana, defor-

<sup>1</sup> Montero, 2002, p. 43.

<sup>2</sup> Cfr. Uslar, 1990, p. 142.

\* A partir de ésta, en todas las citas tomadas del texto de José Rafael Pocaterra, y del de Guillermo Yepes Boscán, se han respetado las cursivas de los originales.

mación del francés *monsieur*, que se usa para referirse a los extranjeros. Es interesante el hecho de que por puro apelativo se les conozca como “musiués”. Esto viene a confirmar el carácter de masa anónima, de enemigos secretos.

Lo único que se sabe acerca de ellos es su extranjería, pero el rasgo más elemental de la individualidad, que es el nombre propio, es desconocido. Esto subraya el hecho de que basta ser diferente al grupo mayoritario para que se produzca la exclusión y la segregación.

En el cuento de Pocaterra se dice que “Los Giuseppe” eran una familia calabresa, hambrienta, desarrapada y sucia”<sup>3</sup>.

En segundo lugar, son personas poco agraciadas físicamente. En el cuento de Uslar, la anónima niña protestante es descrita como “alta, flaca y descolorida”<sup>4</sup>. En el cuento de Pocaterra, se describe a los Giuseppe de la forma siguiente:

Dos muchachos como hechos a hachazo, con los brazos muy largos y las manos muy grandes y los pies enormes. Rojos, de pelambre erizada como los pelos de los gatos monteses. Además, una chica rubia, también pecosa y peli-roja con nombre lindo de princesa: Mafalda. (...) El viejo torvo, mugriento, con una de esas barbas aborascadas que no terminan de crecer nunca<sup>5</sup>.

En tercer lugar viven en sitios remotos. Esto, evidentemente, viene a reforzar la idea de la periferia: se trata de personas alejadas en la realidad física y tangible que es la comunidad, el pueblo, las casas cercanas. Pero también representa lejanía en la realidad afectiva que representa el prejuicio. En el caso de Uslar, se dice que la casa de los protestantes está “lejos, a un lado del camino (...) no se veía a nadie en los alrededores (...) la casa se destacaba nítida, impresionantemente sola en medio del camino”<sup>6</sup>.

Y en cuarto lugar hay un elemento que podríamos llamar religioso, o mejor aún: supersticioso. Este elemento es ambiguo y variable, pero no por ello poco significativo. En el cuento de Uslar está claro que los extranjeros son misioneros de una religión que no es la Católica, predominante en Venezuela. En varias oportunidades se hace énfasis en ello; en todas las oportunidades –y siempre por boca de Macacha, la protagonista- conocemos la situación:

Si yo cuando pasaba por la casa de esos protestantes les hacía la cruz como al diablo” (...) Desde que llegaron al pueblo esos satanases yo sabía que algo malo iba a pasar (...) Ni un santo hay en esa casa. Al entrar a mí me dio una cosa. Aquello es el diablo<sup>7</sup>.

---

<sup>3</sup> Pocaterra, 1965, p. 147.

<sup>4</sup> Cfr. Uslar, 1990, p. 147.

<sup>5</sup> Pocaterra, 1965, p. 148.

<sup>6</sup> Uslar, 1990, p. 146.

<sup>7</sup> Uslar, 1990, p. 142 y ss.

En el caso de Pocaterra, este elemento es, una vez más, vago y difuso; sin embargo se percibe que la familia Giuseppe es diferente, porque vive cerca del cementerio, una zona donde nadie se aventuraría a hacerlo.

Vivían en un rincón de tierra, en una cabaña hecha con pedazos de palo, de du-elas, de restos de urnas robados en el Cementerio de Morillo, una de cuyas tapias derruidas lindaba con la vivienda de los Giuseppe (...) fealdad del paisaje, de los habitantes, del concepto mismo que tenía la ciudad hacia aquel torpe rincón de cementerio donde vivían unos italianos que “comían muertos”<sup>8</sup>.

Dice Teun van Dijk que en el seno de una sociedad no solamente se crea la identidad del propio grupo, sino, que simultáneamente se crea la de todos los grupos que sean exógenos:

Dentro de las comunidades pueden formarse grupos sobre la base de objetivos, metas, intereses o prácticas diferentes (...) la naturaleza ‘compartida’ del conocimiento en una comunidad necesita ser definida más allá, tanto cognoscitiva como socialmente<sup>9</sup>.

Van Dijk continúa diciendo que en toda sociedad existen sistemas de creencias que sirvan de fundamento a ciertas estructuras sociales, desde las más organizadas, como iglesias o partidos políticos hasta las más abstractas, como los meros prejuicios, como los que nos relatan los dos cuentos aquí mencionados. Las funciones cognoscitivas fundamentales de estas creencias abarcan múltiples posibilidades. Por ejemplo, organizar y controlar otras creencias. Con ello, se busca proporcionar coherencia a las creencias del grupo y así facilitar la adquisición de esas creencias en situaciones cotidianas. De este modo también se especifica cuáles valores culturales son importantes para el grupo<sup>10</sup>.

El problema que podemos deducir aquí está, naturalmente enfocado al hecho de lo difuso y abstracto que resultan muchas creencias. Dice van Dijk que algunas creencias “se enfocan más hacia las normas y valores de prácticas cotidianas de miembros de grupos”<sup>11</sup>.

Y esto resulta particularmente importante porque, en el mismo momento en que Uslar y Pocaterra presentan al pueblo venezolano como depositario de algunas creencias irracionales comunes a todas las sociedades de la Tierra, se refuerza la idea desmitificadora que anima a los dos escritores, y que naturalmente constituye un llamado de atención a la propia sociedad: al verse reflejada, ambos escritores esperan provocar comportamientos de reflexión en los individuos que forman esas sociedades. En ambos cuentos queda determinada la extrañeza de ciertos seres que habitan al margen de la mayoría. Esos seres son totalmente distintos, totalmente otros, sea por su origen, por su religión, porque no les asusta el lugar en el que moran, y hasta por su fealdad física. Pero esos factores, obviamente, son arbitrarios y caprichosos.

---

<sup>8</sup> Pocaterra, 1965, p. 149.

<sup>9</sup> van Dijk, 2005, p.18.

<sup>10</sup> Cfr. van Dijk, 2005, p. 10.

<sup>11</sup> *Ibíd.*, 2005, p. 18.

Todo ello, obviamente, se convierte en motivo para que la comunidad desconfíe de ellos y en última instancia resuelva aniquilarlos. Pero como relatan los dos textos, ninguno de los dos grupos “extraños” ha hecho nada objetivo que les permita ser víctimas de represalias por parte de la comunidad en general ni por alguno de sus miembros de manera individual.

## 2. El límite:

En la misma onda de irracionalidad, el prejuicio pasa a una fase siguiente. Así como a ciertas personas se les atribuyen irracionalmente cualidades negativas, también a ciertos espacios que se asocian con lo negativo, con lo misterioso o peligroso. Es obvio que en tales momentos hablamos de un temor supersticioso y absurdo, pero él es parte de la misma ignorancia que genera los prejuicios. Respecto a la noción del límite, dice Víctor Bravo:

La representación del límite que separa dos ámbitos, la representación de un umbral, de una puerta de entrada a un ‘ámbito otro’, lleno de peligros o maravillas (...) Entrar en el ‘otro’ ámbito, transgrediendo el límite que se ofrece como una tentación al personaje, significa destruir el ámbito de lo real de ese personaje <sup>12</sup>.

Así se verifica en los dos textos. Hay ciertos espacios de lo desconocido cuya peligrosidad es irrespetada. En el cuento de Uslar, la vivienda de los protestantes es, ab initio, el espacio de la otredad, de lo diferente, de lo demoníaco. Verdaderamente nadie sabe por qué esa casa es signo de lo maligno, pero se juega a la deducción por descarte: dado que las personas que viven allí no son católicas, el calificativo de paganos les es adosado automáticamente. Igualmente, el sitio en el cual ellos moran representa un espacio de prohibición tácita y sobreentendida. Macacha, sin embargo, irrespeto un límite: ella penetra, por razones de codicia económica a un espacio en el cual no se practica la religión católica, predominante en Venezuela. Sobre el límite, continúa Bravo:

Su atracción hacia un ámbito otro (su tentación) que ofrece la felicidad; y la realidad de ese ámbito la perversión o el Mal, la aniquilación de quien se atreve a traspasar el umbral <sup>13</sup>.

En el texto de Uslar, la transgresión supone, efectivamente, algo nefasto. A veces con una causa virtual o imaginaria, como la muerte del hijo de Macacha y otras en una acción de venganza real y consumada. De igual modo, lo que se construyó para ser una capilla, un sitio para la espiritualidad, es el escenario de un infanticidio injustificado. Lo cierto del caso es que para Macacha traspasar el límite es acceder al territorio de lo maligno. Así relata ella su monólogo interior:

¿Que por qué no te asomas a ver nada más, Macacha? (...) ¿Que por qué no entras un saltico, que lo que hacen es cantar unas canciones y te dan un real? Pero yo nunca. Pero la tentación es del diablo y cuando regresaba al mediodía para las casa voy y me meto (...)Y voy

<sup>12</sup> Bravo, 1993, p.57.

<sup>13</sup> *Ibíd.*, p.58.

y entro. Me quedé pegadita a la puerta. Yo misma me decía ¿Macacha, por qué te has metido aquí? (...) En lo que me dieron mi realito, salí corriendo. Ay, pero ya el mal estaba hecho <sup>14</sup>.

En el caso de los Giuseppe de Pocaterra, su vivienda viene a ser también un ámbito de diferencia. Esta diferencia, sin embargo, se puede interpretar de una manera indirecta, porque está adosada a un cementerio. Es decir, si bien los Giuseppe no viven dentro del cementerio, viven en sus adyacencias. Pero eso no es todo: lo más aterrador es que los Giuseppe no sienten miedo de vivir allí, como lo sentiría mucha gente “normal”. Por si ello fuera poco, se desconoce efectivamente qué religión profesan, lo cual los hace susceptibles, una vez más, de las deducciones tendenciosas de la comunidad: si ellos viven tranquilamente cerca de un sitio normalmente considerado tenebroso, es porque, de algún modo, ellos mismos se sienten a gusto dentro delo tenebroso, acaso porque en algún modo secreto, lo compartan.

Así pues, el viejo italiano y sus tres hijos suscitan un temor supersticioso e irracional en los niños del pueblo porque irrespetan la más grande prohibición metafísica, que es la muerte; no por otra causa los chicos los llaman como muertos, aun sin tener la menor evidencia de eventuales prácticas caníbales o necrófilas de la familia. Por ello, en Pocaterra, la noción del límite tendrá una connotación inversa. Ya desde el principio se nos anuncia. En la escena culminante, en medio de la refriega, se narra lo que dice al narrador-protagonista, otro muchacho:

Pero alguno, estratégico, me gritó: -¡Tú, que te metas por el cementerio y los cojas de atrás pa adelante! Comprendí. Y sin vacilar, los ojos inyectados de ira y los bolsillos repletos de piedras, trepé la tapia (...) Avancé, cauteloso, con todo el instinto malvado de la asechancia, en plena alevosía (...) <sup>15</sup>

En este cuento todo girará en sentido contrario al imaginario tradicional de las diversas culturas. Así, al transgredir el límite, representado por el cementerio, se produce en el personaje una reacción positiva, que es la compasión. Aquí es conveniente resaltar que todo el proceso ocurre en un espacio consagrado a la muerte, que termina convirtiéndose en escenario de lo sublime. Es en el cementerio en el cual la violencia se transmuta en caridad y los prejuicios se convierten en empatía. En el cementerio, espacio de muerte, el protagonista del relato reconoce en la niña Giuseppe el atributo fundamental del ser humano, el derecho primordial que genera las más elementales normas de convivencia social: la vida. En el espacio de la muerte, es donde se verifica el reconocimiento del respeto que se le debe a todos los que están vivos.

### 3. Lo colectivo:

Cada uno de los textos aquí mencionados toma un rumbo distinto en este aspecto. Sin embargo, a pesar de que ambos apuntan al mismo contenido, se separan en la forma por la cual ese contenido se revela. En el texto de Uslar, Macacha se une a la masa y forman una sola cosa que va creciendo paulatinamente. Y en el proceso la historia de Macacha se va ampliando

<sup>14</sup> Uslar, 1990, p. 142.

<sup>15</sup> Pocaterra, 1965, p. 152.

Eran voces de hombres. Eran voces chillonas de muchachos (...) Macacha marchaba adelante, parándose a trechos, y la turba la seguía como un arroyo oscuro (...) Pequeños grupos de gentes que venían por las veredas que atravesaban el campo se iban incorporando <sup>16</sup>.

Así pues, la masa encuentra en Macacha una figura que lidera. Todo se agrupa alrededor de ella, que funciona como catalizador para compactar los sentimientos de las personas y compactar sus modos de pensar y de actuar. Pero el rasgo más característico de la masa es lo uniforme y lo acrítico:

Toda la muchedumbre se movía con ella (...) A fuerza de repetir, cada vez con nuevos detalles, todos parecían irse unificando en un mismo sentimiento” (...) -¡Que los maten! ¡Que los maten! –chillaban algunas mujeres –Vamos a acabar con esa pl- aga. Y a ratos las voces se unían en un grueso coro: -¡Mueran los herejes! Ya todos llevaban palos, machetes, piedras Iban como en un ruido de tropel de ganado <sup>17</sup>.

Así, la masa de los pobladores no sólo comparte el espacio geográfico de la aldea en la que viven, ni la cotidianidad en la que conviven. Lo más importante es que comparten creencias y valores. Y, sobre todo, comparten los prejuicios. El resultado que se desencadena es completamente catastrófico.

En el caso de Pocaterra, ya hemos adelantado que el proceso se da en forma inversa: el personaje es parte de la masa, pero terminará separándose de ella. Conducta ampliamente conocida por los místicos y los ascetas, el aislamiento a veces es altamente productivo: en soledad el hombre razona mejor, se escucha a sí mismo y por eso el prejuicio no resuena. Al principio, mientras el protagonista-narrador está aún dentro del grupo, la situación es así:

-¡Los come-muertos! ¡Los come-muertos! Y todos los chiquillos, cuando pillábamos de paso a la pelirroja y a sus hermanos, los acosábamos a motes, a injurias, a pedradas <sup>18</sup>.

Cuando falta Giuseppe padre –que alude al miedo, a la superstición, que representa el último vestigio de la ignorancia que engendra el prejuicio- es cuando el grupo de muchachos se decide a atacar: “En seguida alguien tuvo una idea luminosa: –Ahora que están solos los hijos de come-muerto, vamos a tirarles piedras”<sup>19</sup>.

---

<sup>16</sup> Uslar, 1990, p. 144 y 145.

<sup>17</sup> *Ibíd.*, p 143 y ss.

<sup>18</sup> Pocaterra, 1965, p. 150.

<sup>19</sup> *Ibíd.*, p. 151.

Paradójicamente, los cuentos difieren en la identificación. En Uslar conocemos el nombre de la protagonista, Macacha, pero ignoramos cómo se llama la familia de protestantes. En el caso de Pocaterra, sabemos que los excluidos se apellidan Giuseppe y conocemos precisamente el nombre de una de ellos, Mafalda, la hija menor, la que representa la inocencia pura, la víctima injustificada; a pesar de ello, el narrador-protagonista es anónimo. Esto parece confirmar que el proceso de despersonalización del otro es clave para que el prejuicio subsista. Cuando es al contrario, y el que se aparta es el yo que se repliega en sí mismo, se puede re-conocer al otro y con ello desaparece la diferencia. Sobre este tema dice Yepes:

La historia de la barbarie es como un silogismo práctico. Su premisa mayor reza: 'Todo extranjero u opositor es enemigo' (...) La barbarie aparece como resultado de la conversión en dogma de aquella premisa mayor que casi todos los pueblos aceptan; no es, por tanto, la negación genérica de toda cultura, como se dice a veces, sino la afirmación autoexcluyente de la propia cultura o posición ideológica-política que se considera superior<sup>20</sup>.

Así, queda claro que la diferencia es una concepción ficticia y, sobre todo irracional que aparece en el mente de los individuos. Si esta idea errónea encuentra eco, puede llegar a convertirse en una pernicioso costumbre, practicada por grandes grupos de personas. Por ello es imperativo identificarla y detenerla. Y nada de ello puede lograrse si no hay primero una identificación de cada individuo con su prójimo.

#### 4. La culpa y la catarsis:

Es en este punto donde los textos divergen más grandemente porque los protagonistas asumen de manera diversa la culpa. En un caso, la culpa se transforma, por acción de los prejuicios, en la justificación de la venganza. Y en el otro caso se transforma, por acción de la reflexión, en compasión. En el cuento de Uslar, todo comienza a través de la culpa. Macacha se siente culpable por la muerte de su hijo

Lo encontré muriéndose (...) Yo no lo hice por mala. Mi muchachito no tiene la culpa de que yo entrara en casa de esos herejes. Yo no sabía que eso era tan grande, señor. Que mientras yo estaba allá dentro con esos herejes mi muchachito estaba muriendo. Por un realito (...) Y su mamá cantando para el diablo<sup>21</sup>.

No hay motivos para que Macacha piense en culpa, pero la coincidencia de la muerte del niño y la presencia de ella en la casa de los protestantes, hace suponer una relación de causalidad entre dos hechos sin conexión real. Esta hipótesis irracional le permite justificar la venganza.

---

<sup>20</sup> Yepes, 2006, p. 192.

<sup>21</sup> Uslar, 1990, p. 143.

Macacha corre tras de la niña. Lo que ve ahora es la espalda menuda. Las dos trenzas rubias flotantes. Cerca. Entre el griterío y el estruendo de los golpes -¿Qué queremos? Casi al alcanzarle descarga sobre la cabeza la piedra. La niña rueda un trecho entre la yerba y la tierra. Los que vienen detrás de Macacha la apedrean ya tendida en el suelo <sup>22</sup>.

Pero Uslar apunta a algo peor que un infanticidio en sí mismo. Es la dimensión ontológica del asesinato. Un homicidio no sólo es injustificable, sino que, además, desde el punto de vista filosófico es inútil. Sobre este punto ha dicho Rorty:

Lo que escapa en él [en el otro] es él mismo, el ente. No puedo negarle parcialmente, mediante la violencia, captándolo a partir del ser en general y poseyéndolo. El otro es el único ente a quien puedo querer matar. Puedo quererlo. Y, a pesar de ello, este poder es todo lo contrario del poder. El triunfo de este poder es su derrota como poder. En el mismo momento en el que se realiza mi poder de matar, el otro se me ha escapado <sup>23</sup>.

En el caso de Pocaterra se muestra en forma más evidente el prejuicio porque el ataque es injustificado. Por eso el cuento tiene un “final feliz” (al menos no tan trágico como en el caso de Uslar): el protagonista-narrador va de extremo a extremo, desde la irracionalidad hasta el reconocimiento que engendra la compasión, y todo ello ocurre vertiginosamente, como en una epifanía. Además, como ya se ha anotado, ocurre en el lugar más improbable.

A pocas varas, entre dos sarcófagos, una sombra fugitiva, un harapo oscuro, un ser que huía, trató de ocultarse tras una tumba, pero antes de conseguirlo, una certera pedrada lo tendió, pataleando, entre la hierba (...) -¡Son ellos, son ellos! A mí no me hagas nada; yo no sé tirar piedras... y arrodillada se arrastraba a mis pies <sup>24</sup>.

Este momento de revelación, lejos de producir ensañamiento, como en el cuento de Uslar, desemboca en la compasión. En lugar de sentir el coraje suficiente para dar la estocada final, el personaje se estremece hondamente. Al darse cuenta de lo terrible e injusto de la situación, el personaje se conmueve y reflexiona, y con ello pasa de la agresión a la piedad.

Ya no sé cómo ni cuando la tuve sobre mi brazo; con mi pañuelo sequé en su rostro lágrimas y sangre, y luego le vendé la frente (...) Estaba avergonzado, lleno de dolor y desesperación contra los demás, contra mí mismo <sup>25</sup>.

---

<sup>22</sup> Ibid., p. 151.

<sup>23</sup> Rorty, 2001, p. 44.

<sup>24</sup> Pocaterra, 1965, p. 150.

<sup>25</sup> Pocaterra, 1965, p. 153.

Más adelante se produce una redimensión afectiva de los personajes. Mafalda, la niña agredida le dice al protagonista-narrador: “-Ya tú ves que yo no tengo la culpa. Pero no vuelvas a venir con ellos que son malos y nos tiran piedras”<sup>26</sup>.

Vemos, entonces que la empatía incluye. La tolerancia incluye y se hace a través del re-conocimiento que conduce a la articulación del diálogo. Más importante aún, el re-conocimiento dimensiona a los seres humanos en bases racionales, lo hace en torno a criterios fundados y plausibles. Dice Rorty:

El ente en cuanto tal (y no en cuanto encarnación del ser universal) no puede hallarse más que en una relación en la que se le invoca. El ente es el hombre, y sólo en cuanto prójimo es accesible, sólo en cuanto rostro<sup>27</sup>.

Así pues, estos dos cuentos reflejan cómo el ser humano se encuentra en una encrucijada fundamental. Las sociedades no pueden existir sin una base de tolerancia común y de respeto a las diferencias. Es imprescindible recordar que ningún individuo ni ningún colectivo tiene la medida de la perfección o el modelo para distinguir lo correcto de lo incorrecto. Sobre este tema dice Yepes:

El reconocimiento de la existencia de diferencias suele conllevar por lo general afirmaciones de superioridad e inferioridad, y de que éstas conducen a la barbarización de las nuestras, es en parte de lo que en muchos lugares se llama conciencia histórica (...) [lo cual] ha producido también su pareja: el remordimiento por los males causados a los otros, la aparición de una conciencia desventurada y trágica, la mala conciencia de lo que ha sido la sucesión del choque de las culturas y la reflexión acerca de qué quiere decir la conciencia de la especie<sup>28</sup>.

A través del diálogo, el yo inocente incluye al yo empático y forman un nosotros, un espacio de simpatía por oposición al ellos un grupo externo. Lo que es verdaderamente deleznable es la maldad, el prejuicio y la violencia. Cualquier grupo fundado sobre esas bases está actuando inadecuadamente. Y es conveniente no pertenecer a semejantes sociedades. Todo otro lo es respecto a un yo –o a un nosotros, que funciona como un yo colectivo- que lo excluye. Mafalda, la personificación de la inocencia y la pureza, se mantiene al margen de la disputa

Lloraba a pequeños sollozos y explicaba que huyendo de la pedrea había saltado la tapia refugiándose en el cementerio (...) Había un gran silencio; una suave paz en la tarde. Los otros, o habían huido o reñían ya lejos<sup>29</sup>.

---

<sup>25</sup> Pocaterra, 1965, p. 153.

<sup>26</sup> Ibid., (154).

<sup>27</sup> Rorty, 2001, p. 43.

<sup>28</sup> Yepes, 2006, p. 195.

<sup>29</sup> Pocaterra, 1965, p. 153.

Mafalda califica de “ellos” tanto a los amigos del protagonista-narrador como a sus propios hermanos. Y todos “ellos” son malos. Todos “ellos” son violentos. El sustrato signifiante se convierte, de este modo, en algo evidente e irrefutable: nada justifica la violencia. Para subsanar las diferentes situaciones injustas que efectivamente pueden aparecer en el seno de cualquier sociedad tienen que concebirse otros mecanismos, unos que sean lógicos, equitativos y coherentes. Pocaterra nos recuerda que lo que hermana a los seres humanos es justamente el sustrato común, la humanidad misma, representada por sentimientos parecidos: el dolor, el miedo, la compasión. Y todo ello ocurre en una zona llena de “vetustez de piedra” y además “del misterioso encanto que tienen las tierras donde los hombres duermen para siempre”<sup>30</sup>.

## 5. La primera piedra:

Detengámonos brevemente en un hecho significativo que también comparten ambos cuentos. En los dos textos se recurre a la figura del ajusticiamiento por lapidación –antiquísimo sistema de pena máxima- como señal de castigo para los “réprobos”. Dice Hans Biedermann que:

Con el sello de lo perdurable e imperecedero [la piedra] es símbolo de poder divino (...) En el simbolismo cristiano, la piedra se ha relacionado frecuentemente con la pena de muerte por lapidación de los antiguos judíos, ejecutada en la persona de los blasfemos<sup>31</sup>.

En ambos textos, ya se ha dicho, una turba enloquecida apedrea a víctimas inocentes. Así, ni la niña “alta, flaca y descolorida” del texto de Úslar es responsable, ni directa ni indirectamente de la muerte del hijo de Macacha. Igualmente, en el relato de Pocaterra vemos que el único pecado de Mafalda y de su familia es el de diferir de la comunidad que los circunda. Es notorio, entonces, que es completamente absurdo e injustificado el brutal acto del cual son víctimas.

Llegamos a la conclusión de que el empleo de la figura de la piedra no es casual. Con este signo se pretende, sin duda, aludir a uno de los más atroces sistemas de ejecución que ha conocido la Humanidad. Además, siendo tan antigua esta forma de ajusticiamiento se encuentra sólidamente cimentada en el imaginario colectivo de casi todas las sociedades, de allí lo deliberado de su uso por parte de los dos escritores: para comprender lo inmutable, lo perpetuo, lo sólido como la piedra, nada es más útil que recordar que todos los seres humanos compartimos una suerte común, un origen y un destino semejantes y una presencia efímera.

En fin, como ya decíamos, ambos textos buscan desenmascarar una realidad semejante, sólo que lo hacen por vías diferentes. Úslar apunta hacia la denuncia de la irracionalidad, sólo que el final que propone es más trágico (¿y acaso más realista?) porque Macacha no reflexiona. Macacha actúa poseída por la rabia, y por la antipatía. Pero esa rabia y esa antipatía no son más que una proyección de sí misma, son solamente una válvula de escape ante su propio remordimiento. El remordimiento que ella siente, ya se ha dicho, es irracional, pero la atormenta poderosamente, y por ello no encuentra ninguna alternativa sensata más que la ira. La ecuación es simple: donde

---

<sup>30</sup> Ibid.

<sup>31</sup> Biedermann, 1996, p. 372.

toda la acción se funda en prejuicios, los sistemas cognoscitivos terminan siendo absurdos. Naturalmente, el resultado no puede ser bueno.

Por el contrario, el anónimo narrador de Pocaterra, sí se detiene a pensar. Esto refuerza la idea de la soledad reflexiva: cuando el hombre se toma el tiempo de evaluar desapasionadamente a su prójimo, se produce un re-conocimiento, lo cual anula el miedo, destruye el deseo de ataque, elimina el deseo de venganza y finalmente genera la empatía

### Tolerancia y Ecumenismo (a modo de conclusión):

Lo que define a un ser humano como enemigo es la irracionalidad del yo, de mí yo, que me lleva a proyectar mis propias construcciones sobre una realidad que en el fondo desconozco y temo. El prejuicio, algo abstracto es una construcción ficticia de un yo que no conoce su propia esencia. Y esa cuestión amorfa convierte en terrible algo que objetivamente no es peligroso. Dice Yepes

El individuo tiende a dar carácter universal a algunos de los rasgos observados en unos pocos y luego, desde ahí, se deja ir a la atribución de comportamientos negativos al conjunto de los miembros de la otra cultura. Con un solo rasgo negativo tendemos a caracterizar a todos los miembros de una cultura que no es la nuestra. Por lo general, cuando hablamos de ‘los nuestros’, para los miembros de la cultura propia; la otra cultura, en sentido inverso, es vista como un bloque monolítico. Así creamos la selva inextricable de los tópicos. Se podría decir que la selva de los tópicos es nuestra naturaleza humanizada. Por ella vagan las ‘almas’ (siempre igual a sí mismas) de culturas y naciones siempre definidas a nuestra conveniencia. Se imponen de este modo, de manera inconsciente, dos criterios y dos varas de medir que operan simultáneamente: el de la diferencia en el seno de la propia cultura y el de la identidad para juzgar a los otros <sup>32</sup>.

Así pues, puede determinarse que tanto Uslar como Pocaterra comprendieron las nefastas consecuencias de los prejuicios sociales. Tanto Uslar como Pocaterra, cada uno a su modo, buscó alertar sobre esas situaciones. Uslar lo hace mostrando los efectos trágicos que pueden acarrear los prejuicios sociales. Pocaterra, al resaltar el significado de la compasión, invita al lector a reflexionar y a recapacitar. Esta situación, por supuesto es de máxima actualidad. Beuchot describe así la realidad del mundo actual:

---

<sup>32</sup> Yepes, 2006, p. 193.

Se prefiere buscar la libertad, pero no en un pluralismo regimentado sino en un relativismo sin medida. por este relativismo la metafísica y la ética se han estrangulado hasta casi perecer (...) Se van aniquilando al paso que se desgasta el ser, en un camino de nihilismo <sup>33</sup>.

La sociedad contemporánea lleva en su centro una brutal paradoja: en nombre de lo moderno, se ha dado paso a lo absurdo. Y, sobre todo, muchos grupos humano se ha aislado en insensatas actitudes etnocéntricas, en las que todo ser humano que no pertenezca completamente al grupo en cuestión, es considerado enemigo y está sujeto a castigos, incluso el capital.

Lamentablemente, la historia contemporánea está plagada de crímenes contra la Humanidad. Muchos de ellos se han originado en el odio de clases, el fanatismo religioso o en la xenofobia. Todos estos males debían haber sido eliminados en el mundo tecnológicamente avanzado de hoy en día. Y es ante esta situación que los intelectuales, como Uslar y Pocaterra han buscado advertir. Cada uno a su modo, ha descubierto los caminos de la empatía. O, al menos, han alertado ante las terribles consecuencias que genera su ausencia.

Los intelectuales venezolanos no quedaron al margen de esta trascendental cuestión, e hicieron de la literatura venezolana el espacio idóneo para exponer sus reflexiones, aun para su propio país. En efecto, Venezuela no parece escapar a esta problemática y por ello lo que se impone no es una idealización edulcorada del terruño sino una clara y contundente denuncia de sus complicaciones.

## **Bibliografía**

BEUCHOT, Mauricio, 1996, *Postmodernidad, hermenéutica y analogía*. Universidad Intercontinental. México.

BIEDERMANN, Hans, 1996, *Diccionario de símbolos*. Paidós. Barcelona.

BRAVO, Víctor, 1993, *Los poderes de la ficción*. Monte Ávila. Caracas.

MONTERO, Maritza, 2002, "Construcción del otro, liberación de sí mismo" Utopía y Praxis Latinoamericana, N° 16. Maracaibo.

POCATERRA, José Rafael, 1965, "Los Come-muertos", en *Cuentos grotescos*, Ministerio de Educación. Caracas.

RORTY, Richard, 2001, "¿Es fundamental la ontología?", en *Entre nosotros. Ensayos para pensar en otro*, Pre-Textos. Valencia.

<sup>33</sup> Beuchot, 1996, p. 14.

USLAR PIETRI, Arturo, 1990, “Los herejes”, en *Cuarenta cuentos*. Monte Ávila. Caracas.

VAN DIJK, Teun A., 2005, “Ideología y análisis del discurso”, *Revista Utopía y Praxis Latinoamericana* N° 29. La Universidad del Zulia. Maracaibo.

YEPES BOSCÁN, Guillermo, 2006, *Vetas de la Piedra Angular*, Universidad Cecilio Acosta, Fundación Konrad Adenauer. Maracaibo.